

do ello pobre alarde de erudicion indigesta y vana. Esto no nos conviene; y en consecuencia, estamos resueltos á dar punto á la cuestion con algunas palabras que le consagraremos por última vez uno de estos dias.

(LA IBERIA de 7 de Mayo.)

XII.

CUESTIONES HISTÓRICAS.

XII.

Supuesta ingerencia de los españoles en los asuntos interiores de México.—Acusaciones graves.—Injusticia de ellas.—Defensa de los españoles.

ESTO ES GRAVE.¹

El señor Esteva dice en el *Federalista* de 24 del corriente, que en Guadalajara, en San Luis y en Puebla, los españoles toman actualmente una indebida ingerencia en nuestros asuntos interiores; y agrega que «muchas casas fuertes de comercio españolas han ayudado ahora y otras veces á la anarquía, al desórden y al retroceso en esos Estados.»

Dice tambien, citando el curso de historia de don Eufemio Mendoza, que «los españoles reciben aquí un bautismo de civilizacion que no tuvieron antes en su patria.»

¹ Aunque este artículo parece extraño á la cuestion de que tratan los anteriores, le reproducimos aquí por haberse publicado en medio de la misma polémica, el que dió lugar á él.

Agrega que desea ver en México millares de extranjeros, pero en calidad *de ciudadanos mexicanos*, y que á ningun extranjero debe concedérsele el derecho de preponderancia que pretenden arrogarse los españoles sobre los mexicanos en nuestra propia patria.»

Dice además que los españoles en general vienen á buscar fortuna, y que una vez ricos, se vuelven á su país á insultar á México, como la señora Calderon, Zorrilla y Dorliac, ó se quedan aquí á formar parte de una aristocracia ridícula, «olvidándose de cómo desembarcaron en nuestras playas.»

Dice por último, hablando de un artículo que ha publicado en la Habana don Fernando Dorliac, que no quiere devolver injuria por injuria y herir á España, «cuya historia contemporánea debiera hacer más cautos y menos imprudentes á sus escritores.»

Todo esto es muy grave, pues da por resultado inspirar odio y desprecio á los españoles. Es verdad que no es esta la intencion del señor Esteva, puesto que en el mismo número del *Federalista*, donde está el artículo que hemos extractado, hay un párrafo suyo que dice así:

«Ni en el artículo de hoy, ni en ninguno de los que hemos escrito, pretendemos despertar animosidades contra los españoles. Como antes lo dijimos, repetimos ahora, que entre estos, como en todas las nacionalidades, se encuentran personas muy dignas de estimacion. En lo que llevamos

«escrito, solo hemos tratado de dilucidar puntos históricos de interes para nuestra patria, y sentimos que se pudiera creer otra cosa.»

No es pues la intencion del señor Esteva hacer que los españoles seamos despreciados y aborrecidos; pero la verdad es que las cosas que dice de nosotros, y el tono de acritud con que suele decirlas, no pueden dar otro resultado. ¿Qué otros sentimientos que los de desprecio y odio podemos inspirar, si se hace creer al pueblo mexicano que somos unos seres villanos y desagradecidos, que pagamos su hospitalidad con injurias?

Confesamos que en vista de esto sentimos que nuestras ideas se trastornan, que nuestras ilusiones quieren desvanecerse, que la tristeza y la duda nos asaltan, y que perdemos el tino necesario para marchar seguros por tan escabroso terreno.

Nosotros los españoles, que nos dedicamos aquí al comercio, que cultivamos la tierra, que trabajamos en todas las industrias, artes y oficios, que vivimos mezclados con los hijos del país en las ciudades y en los campos, y tenemos aquí familias, parientes, amigos, afecciones y vínculos de todo género, cumplimos con tanta religiosidad nuestros deberes de huéspedes, que como decia un amigo nuestro hace pocos dias, casi dejamos de ser buenos hijos de España por ser buenos huéspedes de México; casi nos olvidamos de nuestra patria para consagrar todo lo que podemos y valemos á la patria

de nuestros hijos. ¿Y no es triste, despues de esto, que se haga todo lo posible para que esos hijos desprecien y aborrezcan la patria de sus padres?

Está mal informado el señor Esteva en lo que dice de los españoles de Guadalajara, San Luis y Puebla. Los españoles de esos lugares, lo mismo que los de toda la República, viven consagrados á sus trabajos industriales ó mercantiles, sin mezclarse en las cuestiones interiores del país, ni menos fomentar escándalos; y si hay alguno que lo haga, no lo hace como español, ni por interes de tal, sino contra el interes y el espíritu que á todos los demás nos animan.

No es buena doctrina liberal, ni fraternal, ni económica la que obligára á los extranjeros á convertirse en ciudadanos mexicanos; mas prescindiendo de esto, nosotros rechazamos la suposicion de que los españoles pretendan arrogarse ningun derecho de preponderancia sobre los mexicanos. No hay fundamento alguno, ni siquiera pretexto para decir tal cosa.

La mayor parte de los españoles que vienen á México son pobres. ¿Y qué pierden con eso? Traen consigo la inteligencia, el vigor, el amor al trabajo, la honradez, la economía, y las demas virtudes que producen la riqueza; y todo esto vale tanto ó más que los otros capitales. Por lo demas, tampoco es apreciacion justa en ningun sentido, la que hace mirar con desden á los inmigrantes pobres. El que

funda un establecimiento de comercio, una fábrica, un taller, una hacienda, crea en el país un capital indefinido, superior al que pudiera traer un inmigrante opulento.

Se citan tres personas que han estado en México, y han escrito despues contra el país; tres: y aunque fueran trescientas, ¿qué culpa tendrian de ello nuestra España ni nuestra historia? ¿Ni por qué hemos de responder de esa falta los miles de españoles que estamos aquí y no la hemos cometido? ¿Qué lógica ni qué justicia son esas?

México nos da hospitalidad, y á nosotros nos toca ser huéspedes agradecidos; mas prescindiendo de que esto lo hacen las naciones civilizadas por un principio de fraternidad propio del siglo presente, y que bajo este punto de vista es un deber, ¿está bien que un mexicano nos eche en cara este favor, como si quisiera cobrárnosle humillándonos?

Las ideas que ha vertido el señor Esteva sobre los españoles residentes en México, son injustas; y si ellas se propagáran, las consecuencias serian desastrosas. Él sabe bien que aunque haya algunos ó muchos españoles que se porten mal, no por eso se puede decir que sean malos en general los españoles. Apelamos sobre ello á él mismo, á su ilustracion, á su buen juicio, á su espíritu de justicia; y si esto no basta, apelaremos á la opinion pública.

(LA IBERIA de 27 de Mayo.)

...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...

...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...

XIII.

...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...

...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...

...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...

...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...
...de un establecimiento de comercio...

CUESTIONES HISTORICAS.

XIII.

Nuestro amigo y corresposal en Cosamaloapam,
el señor don Donato Marques, nos ha hecho el fa-
vor de enviarnos el siguiente artículo. Le damos
las gracias por él. Es tan bueno que nos parece lo
mejor que se ha escrito sobre la materia, despues
de tanto manosearla, y lo mismo les parecerá á
nuestros lectores.

MEXICANOS Y ESPAÑOLES.¹

EL SEÑOR ESTEVA.

« Al hacerse la independencia de México, y en
los sacudimientos políticos que se sucedieron has-
ta la consolidacion de un gobierno regular, eran
naturales, tenian razon de ser ciertos resentimien-

1 Por la misma razon que el artículo anterior, publicamos
tambien este, que trata del mismo asunto, aunque su autor es
otró como se verá al pié.

tos entre mexicanos y españoles. Aunque muchos de estos pelearon á favor de la independencia del país, y no pocos de los primeros en contra, la mayoría de unos y otros eran, como tenían que ser, adictos á sus respectivas banderas.

« El mexicano se hallaba en aptitud de gobernarse solo, habia llegado para él la época de la emancipacion, y el español sentia que se desmembrase la gran patria de sus antepasados. Esta es la verdad. Pero pasaron los tiempos: la independencia de México fué reconocida por todas las naciones civilizadas, inclusa la misma España, de hecho y de derecho. Esto, y las ideas democráticas de nuestra época, fueron extinguiendo poco á poco los antiguos odios entre mexicanos y españoles. La abstención de estos, en su gran mayoría, en los asuntos interiores de México, contribuyó eficazmente á tan satisfactorio resultado. Por último, la gigantesca lucha por que acaba de pasar el país defendiendo su autonomía, su independencia y sus instituciones, ha venido á demostrar que, fuera de una escasísima minoría por ambas partes, no son otra cosa que dos pueblos hermanos, ligados con vínculos poderosos é indestructibles, el mexicano y el español. Y en vano unos cuantos individuos pertenecientes á las dos naciones, por mal entendido amor patrio, unos, por resentimientos personales otros, querrán poner obstáculos á tan nobles como naturales tendencias. No es posible desconocer que

formamos parte de una misma familia con iguales vicios é idénticas virtudes.

« Vivos están aún muchos de los españoles que durante la pasada guerra tenían necesidad de llegar á los campamentos de guerrilleros mexicanos, y siempre lo hacian con gusto, con la confianza de quien llega al seno de su familia; y existen asimismo bastantes mexicanos que, en la hora del peligro, sabian que tenían un amigo español á quien confiar su hacienda y su familia. Estos son hechos, palpitanes todavía, y que nadie desconoce; pero que no por estar en la conciencia de todos, dejan de ser menos exactos.

« Y cuando todo contribuye á estrechar los lazos con que la naturaleza ha ligado los dos pueblos; cuando la civilizacion, con su vigorosa iniciativa, suprime las distancias, haciendo hermanas á todas las naciones de la tierra; cuando la palabra *extranjero* va desapareciendo de los labios de la humanidad, como desaparecen las sombras de la noche al puro y sonriente rayo de la aurora; cuando todo lo que hay de grande y de noble en el mundo conspira á realizar el hermosísimo ideal de fraternizar la especie humana, es triste, es desconsolador que inteligencias privilegiadas como la del señor Esteva, cuya instruccion y profundos conocimientos se revelan en cuanto sale de su elegante pluma, es triste, repetimos, que capacidades así se empleen en oponer un valladar —resucitando antiguas diferen-

cias entre españoles y mexicanos— á los generosos sentimientos del siglo, á la imperiosa voz de la naturaleza, á los nobilísimos impulsos del corazón.

« ¡Que los españoles vienen al país pobres y escasos de instrucción!... Apenas se comprende que una persona tan ilustrada como el señor Esteva haya podido estampar en el papel semejante frase. ¡Cómo! ¿Querrá decirnos el señor Esteva que España no es nación civilizada?... Apelamos á los mismos hijos de México: ellos saben lo que es España, y ellos la aprecian en lo que vale, prescindiendo de las demás causas que hay para ello y que hemos anotado ya. Que los españoles adquieran aquí, en lo general, posición y conocimientos, debe servirles, y les sirve en efecto, de gran satisfacción: eso prueba que son trabajadores, honrados, económicos y aplicados; eso prueba su laboriosidad y su constancia; eso los hace mas merecedores del aprecio público. Pero eso no acontece solamente á los españoles de México: por regla general, sucede lo mismo á todo el que se halla lejos de su hogar. Al encontrarse en país extraño, fuera de la familia que tolera los defectos de sus hijos ó parientes, teniendo que pasar, en ciertas ocasiones, bastantes necesidades, el hombre, haya nacido aquí ó en Flandes, se ve precisado á ser más previsor, á ser más económico; y si á esto se añade la honradez, ¿hay razón para decirles como por desprecio que han llegado pobres á las playas mexicanas?..... De

esta honradez, de estas economías de los españoles que residen aquí, resultan con frecuencia positivos bienes para México, por demas conocidos para que hagamos mérito de ellos.

« En cuanto á la falta de instrucción que el señor Esteva echa en cara á los españoles, ¿qué instrucción quiere que tengan niños de doce á catorce años, como son casi todos los que vienen al país? ¿Y no le parece al señor Esteva que deben estar dotados de grandes cualidades, cuando al mismo tiempo que se instruyen, adquieren, por medio del trabajo, una posición que los pone muchas veces á cubierto de la miseria? Pues si esto no es loable, si esto no es bueno, preciso es convenir en que lo negro es blanco y lo blanco negro. Y note el señor Esteva que, en su mayoría, todos esos niños de doce á catorce años, no obstante pertenecer á las clases mas desvalidas, saben, cuando menos, leer y escribir.

« Dice el señor Esteva que los españoles de Guadalajara, Puebla y otras ciudades, se han ingerido en la política interior del país. No lo creemos. ¿O querrá el señor Esteva prohibir á los españoles que emitan opinion sobre cuál de los tres candidatos les parece mejor para presidente de la República? Fuera de que en esto, en sus mismas conversaciones privadas no están conformes, ni pretenden estarlo, porque no tienen para que hacerlo, porque son huéspedes en México y porque aprecian y respetan

esta hospitalidad; fuera de esto, decimos, ¿se le puede prohibir á un hombre que *piense* que el general Grant seria mejor para presidente de los Estados-Unidos que Mr. Sherman? ¿Se le puede prohibir á nadie que *crea* que Francia estaria mejor gobernada por el imperio que por el comunismo, por Mr. Thiers, que por un príncipe de la familia de Orleans? ¿Dejan, por ventura, los españoles residentes en el país de ser tan extranjeros como los americanos y los franceses, como los rusos y los chinos?

Hace cosa de tres meses que un caballero mexicano, conocedor de esta comarca, dirigió desde la capital varias cartas á algunos españoles de por aquí, recomendándoles la candidatura del señor Juárez. Dichos españoles, que de todo tratan menos de mezclarse en la política militante del país, habrán contestado seguramente, como lo exige la cortesía, las cartas del mencionado caballero. Nada tiene de extraño (aunque no lo sabemos) que otros les hayan escrito tambien recomendando distintos candidatos, y, como es natural, habrán contestado tambien sus cartas. Es la única ingerencia—estamos seguros de ello—que los españoles toman en los asuntos interiores del país; pues si existe alguna casa española ó algunos individuos de aquella nacion que tomen una parte más directa en tales asuntos, si es que los hay, no se puede decir por ello que los españoles se mezclen en lo que atañe

exclusivamente á los mexicanos. No se puede decir que los españoles sean asesinos, porque algunos hayan cometido la infamia de matar al general Prim; ni se puede decir que los mexicanos sean ladrones porque, como sucede en todas las naciones, se cometan en la mexicana algunos robos.

«Lo que en realidad hay en esto es que, estando los españoles tan diseminados por toda la superficie del país, rozándose tan directamente con los mexicanos, con quienes además se hallan enlazados por la familia, por el genio y por las costumbres, frecuentando los mismos círculos y siendo actualmente tema favorito de todas las conversaciones las elecciones primarias, es casi indispensable que alguno de los españoles, por más empeño que tome en evitarlo, externe su opinion sobre cualquiera de los tres candidatos que la prensa postula para presidente de la República; pero ni todos piensan lo mismo, ni creemos que sea censurable cosa tan natural, ni menos es justo que porque unos cuantos españoles hagan uso de lo que á todo el mundo le es permitido, se procure dividir á dos pueblos que deben y quieren marchar unidos.»

Manifestamos, para concluir, que no tenemos pretensiones de escritores públicos, y que si nos hemos permitido tomar la palabra en esta cuestion, disponiendo de un tiempo que en realidad no nos pertenece, ha sido únicamente guiados por el profundo pesar que nos ha causado ver al señor Esteva en-

cender la llama que creíamos del todo apagada, pues que, teniendo más años de vivir en México que en nuestra querida España, sentimos un verdadero afecto hácia los habitantes de un país que siempre nos han tratado con la mayor deferencia, y en los cuales nunca hemos visto otra cosa que verdaderos hermanos. Por lo demás, tanto al señor Esteva, como al director de la *Iberia*, les pedimos mil perdones por habernos entrometido en una cuestion que ellos pueden dilucidar muchísimo mejor que nosotros.

«Cosamaloapan, 4 de Junio de 1871.—*Donato Marques.*»

(LA *IBERIA* de 13 de Junio.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

XIV.

OJEADA SOBRE LA CONQUISTA, LOS CONQUISTADORES,
EL GOBIERNO COLONIAL, ETC., ETC.

Pago de una deuda.—Lo que se dirá en las edades futuras del origen de los mexicanos.—Los aztecas conquistadores como los españoles.—Nadie ataca á los primeros; no necesitan defensa.—Ataques á los segundos.—Rara posición nuestra.—Dicho de Chateaubriand.—El descubrimiento de América.—Derecho de conquista.—La Bula del Papa.—Los españoles detras de los aztecas y de los ingleses.—Lo que decian los cronistas para justificar la conquista.—La religion.—La Providencia ó el destino.—Alcurnia de los descendientes de españoles en América.—Peligros de los viajes marítimos.—Los de hoy.—Comparaciones.—Las carabelas y el "Great Eastern."—Ambicion de gloria y de riquezas.—Expediciones de sublime extravagancia.—Horribles penalidades.—Nuevas comparaciones.—Ilustre prosapia de la raza española de América.

Tenemos una deuda con nuestros lectores. Les ofrecimos la última vez que hablamos de cuestiones históricas, decir sobre ellas una palabra más, con el propósito de que por ahora fuera la última. Dolorosos cuidados nos han impedido cumplir antes aquella oferta; y aunque sea tarde y mal, vamos á cum-